

Protegemos a los sandinistas

"Diario Las Américas" 7-5-88

Por Stephen Chapman

Cierto presidente de la Junta de Reserva Federal describió su papel en la economía diciendo que él se llevaba el ponche en lo mejor de la fiesta. ¿Qué pena que no esté presente ahora para ser el aguafiestas de la euforia en Washington con motivo del cese al fuego firmado para terminar la guerra civil en Nicaragua!

Los tratados de paz, al igual que los matrimonios, comienzan en un ambiente agradable y con grandes esperanzas. Pero también, como los matrimonios, su valor sólo puede juzgarse por lo que suceda pasada la luna de miel. La hora de celebrar este acuerdo será de aquí a dos a cinco años, esto es, en el caso improbable de que produzca no solamente la paz sino también la democracia en Nicaragua.

Los críticos de la política centroamericana del gobierno de Reagan alaban el cese al fuego como prueba de la sensatez en darle una oportunidad a la paz, lo cual se alega que ya hizo el Congreso cuando en febrero pasado suspendió la ayuda militar a los rebeldes nicaragüenses. Ese razonamiento es bien cínico. Si los críticos se hubieran salido con la suya entonces, no habría habido ningún acuerdo de paz porque simplemente los "contras" ya no habrían existido. Los sandinistas habrían estado en libertad de consolidar su revolución financiada por los soviéticos, sin el obstáculo de una oposición armada.

No hay duda de que los sandinistas han aceptado algunas modestas demandas. Por ejemplo, el acuerdo exige que el gobierno les dé la libertad a todos los prisioneros políticos, permita que los rebeldes regresen y participen en elecciones, y garantice la libertad de expresión. Para los sandinistas, que han denunciado a los "contras" como viles mercenarios al servicio de los imperialistas "yankis", debe ser una píldora muy amarga darles a sus enemigos un papel en la vida política del país.

Pero aunque el acuerdo da esperanzas, no justifica el optimismo. Cualquier concesión que hagan los sandinistas en su control sobre la sociedad nicaragüense es producto de la necesidad, no de intenciones humanas. Ellos firmaron el acuerdo porque necesitan un respiro de la guerra civil que ha fomentado la oposición popular y desquiciado la economía.

También saben que una vez desbandados los rebeldes, será poco menos que imposible reconstruir la rebelión. Las concesiones aceptadas por el régimen, aunque substanciales, son anulables. Daniel Ortega, habiéndose comprometido apresuradamente, tiene tiempo de sobra para echarse atrás. Y cuando lo haga, sin duda encontrará cierta resistencia popular —tal como la encuentran todos

los gobiernos que quieren extender su poder— pero nada como la resistencia dada por los rebeldes.

También puede que se enfrente a las críticas de otros gobiernos latinoamericanos que respaldaron la paz regional firmada el año pasado, pero la crítica es algo que los comunistas saben aguantar muy bien. Lo que ellos temen es la fuerza, la cual, con el rechazo de intervención por parte de los Estados Unidos, es seguro que no será aplicada. El presidente de Costa Rica, don Oscar Arias Sánchez, redactó el plan de paz centroamericano, pero no tiene con qué hacerlo cumplir. Y es seguro que los demás países, especialmente México, tampoco lo harán.

En los veinte años de su lucha contra Anastasio Somoza, los sandinistas no se desviaron ni un ápice de su propósito esencial, descrito en su plataforma de 1977 como "la causa secreta de Marx, Engels, Lenin y Sandino". No hay razón para pensar que ahora cambiarán de parecer. La tregua y sus concesiones, simplemente personifican la táctica empleada por el propio Lenin: "Dos pasos adelante y uno hacia atrás".

Se comprende que los rebeldes tengan pocas ilusiones, pero como dependían de un patrón poco seguro, tuvieron muy poca oportunidad de sacar más de los sandinistas. "Nos dimos cuenta de que en los Estados Unidos no existe el deseo político de continuar respaldando la guerra", dijo uno de los líderes rebeldes que firmó el cese al fuego. La única opción realista fue oponerse a los sandinistas en la arena política, por lo menos hasta que ellos decidieran no seguir soportando esa oposición.

Lo interesante de la cuestión será si el mismo pueblo que les perdonó a los sandinistas la opresión como una reacción inevitable a la rebelión armada, ahora los pondrán en un pedestal. Durante años nos han dicho que al financiar a los rebeldes, los Estados Unidos empujaban a Ortega hacia el campo soviético, dándole así una excusa para aplastar la disensión popular.

Usando esa lógica, debemos esperar que ahora el régimen expulse a los consejeros del Bloque Oriental y se exponga a la posibilidad de perder el poder mediante el voto popular. Ni se lo piense. Sus apologistas podrán llevarse la sorpresa de descubrir que los sandinistas pueden ser malos sin provocación alguna.

El presidente Ortega, después de firmar la tregua, dijo ante la Asamblea Nacional que "es una manera de acabar la guerra sin acabar nuestra revolución". Y esto tiene toda la apariencia de ser la realidad.

(C) 1988. Creators Syndicate, Inc.